

# Los museos de las migraciones internacionales: entre historia, memoria y patrimonio<sup>1</sup>

Fernando J. Devoto

Universidad de Buenos Aires  
y Universidad Nacional de San Martín

En el curso de los últimos veinte años ha surgido un gran número de museos consagrados a las migraciones internacionales. Pese a su enorme importancia cuantitativa y cualitativa, en el pasado y en el presente, las migraciones habían estado casi ausentes de los «lugares de memoria» públicos, quedando confinadas a iniciativas conmemorativas «pietistas» llevadas adelante por las elites de los mismos grupos migratorios o por comunidades locales de los países de origen o de los países de recepción. Hoy en día, en cambio, la situación se ha revertido completamente y parece casi una moda construirlos en los grandes países de emigración-inmigración. Este hecho reciente puede relacionarse con otro que lo precede: la consolidación en las últimas décadas de una tradición de estudios académicos dedicados al argumento —del que dan cuenta los numerosos centros de investigación y documentación existentes hoy en el mundo euroatlántico—, después de un largo *impasse* (o un largo desinterés) en la historiografía sobre el tema de las migraciones entre los años treinta y los comienzos de los años sesenta del siglo XX, que subentró a una floreciente estación de estudios contemporáneos a las grandes migraciones<sup>2</sup>. Desde luego

---

<sup>1</sup> El punto de partida del presente artículo es un *paper* presentado en la EHESS de París en marzo del 2010 en el marco del seminario «Histoire et mémoire. Perspectives historiographiques». Agradezco a uno de los directores del mismo, Jacques Revel, la invitación y los comentarios a la versión preliminar de este texto.

<sup>2</sup> F. Thistlethwhite defendió esta tesis en relación con los estudios académicos

que ese renovado interés académico puede vincularse tanto con cambios más generales en los relatos historiográficos (y en especial con lo que se llamó en los años setenta la nueva historia social) y en los modelos teóricos de las ciencias sociales, como con las transformaciones de las sociedades contemporáneas bajo el impacto migratorio<sup>3</sup>. Un proceso que influye de distintos modos en las autopercepciones de amplios colectivos sociales en las últimas décadas, como lo muestra la profusión del uso de palabras como «identidad», «diversidad», «etnicidad» o «multiculturalismo». El fenómeno es bien evidente más allá de que sea el efecto de aquellas transformaciones aludidas o de otros procesos vinculados a la célebre «ley» de la tercera generación, esbozada a partir de una reflexión de Marcus Lee Hansen (los nietos quieren recordar lo que los hijos querían olvidar)<sup>4</sup>. En cualquier caso, el interés y los debates sobre el lugar de las migraciones actuales parece generar un doble impacto: por un lado, orienta un juego de espejos con situaciones del pasado (en especial las grandes migraciones en el tránsito entre los siglos XIX y XX) y, por el otro, promueve un renovado interés de las elites políticas y técnicas para utilizar de distintas formas la memoria de las migraciones como parte de diferentes, y a

---

européens en un muy conocido trabajo de 1960, THISLETHWAITE, F.: «Migration from Europe Overseas in the Nineteenth and Twentieth Centuries», en VECOLI, R., y SINKE, S.: *A Century of European Migrations, 1830-1930*, Urbana-Chicago, University of Illinois Press, 1991, pp. 17-49. En los primeros años setenta esos balances de la ausencia proliferaron. En el caso estadounidense (y en especial a través de la cuantificación de la tesis de doctorado) lo defendió VECOLI, R.: «Ethnicity. A neglected Dimension of American History», en BASS, H. J. (ed.): *The State of American History*, Nueva York, Quadrangle Books, 1970, pp. 70-88. En el caso italiano lo hizo DE FELICE, R.: «Alcuni temi per la storia dell'emigrazione italiana», *Affari Sociali Internazionali*, 3 (1973), pp. 3-10, y para el caso español el prólogo al libro que inició la renovación de los estudios migratorios en ese país, SÁNCHEZ ALBORNOZ, N. (coord.): *Españoles hacia América, la emigración en masa (1880-1930)*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 9-16. Más recientemente, un panorama y una periodización semejantes para los estudios sociológicos es presentada por EVE, M.: «Una sociologia degli altri e un'atra sociologia: la tradizione di studio sull'immigrazione», *Quaderni Storici*, 106 (2001), pp. 233-259.

<sup>3</sup> PORTES, A.: «Economic Sociology and the Sociology of Immigration: a Conceptual Overview», en PORTES, A. (ed.): *The Economic Sociology of Immigration. Essays on Networks, Ethnicity and Entrepreneurship*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1995, pp. 1-41.

<sup>4</sup> HANSEN, M. L.: *The Problem of the Third Generation Immigrants*, Rock Islands, Swenson Swedish Immigration Research Center, 1987 (ed. original, 1937).

veces contrapuestos, proyectos de rediseño identitario de comunidades nacionales, estatales o subestatales.

Ciertamente, la ola museográfica actual relacionada con las migraciones puede y debe inscribirse también en procesos aún más generales que han afectado a las sociedades occidentales. Procesos vinculados a la expansión de los discursos sobre la «memoria» y sus usos y a la inflación del patrimonio. Fenómenos entre sí relacionados y que expresan un desplazamiento bien acreditado del interés por la historia a la preocupación por la memoria en el clima «presentista» del nuevo siglo<sup>5</sup>. Se trata en cierto modo de decidir hoy lo que debe recordarse (y, por tanto, patrimonializarse) evitando que el porvenir haga el trabajo inevitable de decantación. De este modo, las migraciones, en alza a la vez como objeto de estudio, como lugar de conmemoración, como lugar de discusión relevante en el espacio público y como ámbito disponible para ingenierías ideológicas y políticas, pueden ser consideradas como una suerte de laboratorio de experiencias particularmente apto para explorar las relaciones difíciles, complicadas, entre historia, memoria y patrimonio, y los múltiples «usos» posibles del pasado.

### ¿Una nueva era memorial/patrimonial?

Se ha escuchado hablar a menudo en tiempos recientes de la «memoria», de un «deber de memoria», de los «asesinos de la memoria», de los «abusos de memoria», de la «memoria del mal», de la «justa memoria» (en el sentido de cuál y en el sentido de cuánta)<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> HARTOG, F.: *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.

<sup>6</sup> Un elenco de referencias sería interminable. Se indican aquí solamente unos pocos trabajos significativos en su diversidad para la perspectiva elegida, VIDAL NAQUET, P.: *Les assassins de la mémoire*, París, Éditions La Découverte, 1987; RICOEUR, P.: *La memoria, la historia, el olvido*, México, FCE, 2004; TODOROV, T.: *Memoria del mal, tentación del bien*, Barcelona, Península, 2002, y ROUSSO, H.: *Le Syndrome de Vichy: De 1944 à nos jours*, París, Le Seuil, 1990. Para el caso español, el giro memoriográfico y sus debates, RUIZ TORRES, P.: «Los discursos de la memoria histórica en España», *Hispania Nova. Revista de Historia contemporánea*, 7 (2007), y como testimonio de los debates que las relaciones entre historia y memoria sugieren, véase la réplica de JULIÁ, S.: «De nuestras memorias y de nuestras miserias», y la contrarréplica de RUIZ TORRES, P.: «De perplejidades y confusiones a propó-

El problema no está ligado, salvo en ciertos casos, a una expansión de los recuerdos de cada uno, sino a la memoria que se podría definir como «construida» o «diseñada». Es decir no a la memoria de cada individuo en relación con sus recuerdos biográficos o con sus recuerdos familiares transmitidos en un cuadro cotidiano, doméstico, sino a la memoria de cada individuo en tanto que miembro de un grupo social cualquiera, sea nacional, regional, social o religioso. En términos más sencillos (y quizás más felices), no está relacionada con lo que los antiguos llamaban «memoria natural», sino con lo que ellos denominaban la «memoria artificial» (*Rhetorica ad Herennium*), no a la memoria «espontánea», sino a la memoria disciplinada de «repetición». Una memoria, en fin, que debe ser memorizada para no ser olvidada y para ello debe ser asociada a «lugares» e «imágenes»<sup>7</sup>.

En el peligro del olvido se encuentra, en efecto, uno de los fundamentos de la inflación de los discursos sobre la memoria. Un miedo ligado a una convicción previa ciertamente discutible: que aquello que uno olvida está condenado a repetirlo (antigua argumentación de la historia *magistra vitae*). En cualquier caso, la cultura de la memoria parece hoy más fuerte que la cultura del olvido, más allá de antiguos argumentos psicoanalíticos a favor de este último<sup>8</sup>. De todos modos, existe un segundo fundamento mayor para los crecientes discursos sobre la memoria: es el de la *identidad*. La ausencia de referencias —y ello implica referencias al pasado, sea reciente o antiguo— puede estar en el origen de una dificultad mayor (o de una imposibilidad) para estar y actuar en el mundo. En un pequeño y brillante ensayo sobre *La Odisea*, Italo Calvino argumentaba que el retorno a Ítaca está ligado al hecho de que Ulises está olvidando que es Ulises: sólo el retorno al lugar del «nosotros» puede permitirle reencontrar su «yo»<sup>9</sup>.

sito de nuestra memoria», ambas en *Hispania Nova. Revista de Historia contemporánea*, 7 (2007).

<sup>7</sup> *Ad C. Herennium de ratione dicendi (Rhetorica ad Herennium)*, III, Cambridge, Harvard University Press, 1954, pp. 205-222. Sobre las sucesivas reverberaciones posteriores de esas y otras perspectivas procedentes del mundo clásico es siempre imprescindible YATES, F. A.: *El arte de la memoria*, Madrid, Siruela, 2005.

<sup>8</sup> Se remite aquí a dos conocidos trabajos de FREUD, S.: «Rememoración, repetición, preelaboración», y «Duelo y melancolía», ambos en FREUD, S.: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, t. I, pp. 345-350, y t. II, pp. 1087-1095.

<sup>9</sup> CALVINO, I.: *Por qué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1997, pp. 21-28.

En ese «nosotros», entendido como un sistema de referencias que pueden denominarse, siguiendo a Jan Assmann, la memoria cultural (admitiendo que se trata de una memoria pública y socialmente construida), en esos recuerdos vinculados a la identidad, emergen inmediatamente otras cuestiones<sup>10</sup>. Una es la de la exclusividad, la otra es la del poder. El discurso sobre la exclusividad no comporta solamente la definición de un «nosotros», sino también, demasiado a menudo, una sobrevaloración del «nosotros». Como Max Weber lo había subrayado en relación al discurso sobre la identidad étnica, ella implica la noción de «pueblo elegido» y ese problema se plantea también en relación con otros «nosotros». Algo semejante podía afirmarse con respecto a la «clase obrera», como lo había señalado con argucia Stanislas Ossowski hace ya unos cuantos años<sup>11</sup>. Empero, la memoria de un grupo humano es exclusiva en otro sentido: ella pretende ser a menudo una memoria obligatoria. Para pertenecer a un grupo se reclama compartir ciertos recuerdos comunes. En este sentido, el discurso sobre identidad y memoria sirve también para establecer criterios de inclusión y de exclusión en el seno del mismo grupo. Un ejemplo bastante reciente de ello puede encontrarse en el discurso del presidente francés Nicolás Sarkozy a fines del año 2009 en Vercors, alocución que suscitó un amplio debate<sup>12</sup>.

Por su parte, el tema del poder está ligado al hecho de que, en tanto que construcción a partir de interacciones (la llamada «estructura conectiva»), la memoria colectiva es el resultado de discursos cruzados (Todorov) que atraviesan a los individuos, discursos producidos por actores cuyas capacidades, cuya fuerza y cuyos intereses son muy diferentes. En este sentido, el monopolio de los recursos, por ejemplo, pedagógicos y mediáticos, por elites en control del aparato estatal o, en menor medida, en otras sociedades, por grupos oligopólicos en posesión de grandes recursos comunicacionales, in-

---

<sup>10</sup> ASSMANN, J.: *La memoria culturale. Scrittura, ricordo e identità politica nelle grandi civiltà antiche*, Turín, Einaudi, 1997, el que por otra parte retorna en diferentes cuestiones a HALBWACHS, M.: *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, Albin Michel, 1994 (ed. original, 1925).

<sup>11</sup> WEBER, M.: *Economía y sociedad*, México, FCE, 1979, pp. 320-321, y OSSOWSKI, S.: *Estructura de clases y conciencia social*, Barcelona, Península, 1969, *passim*.

<sup>12</sup> *Discours du M. Le Président de la République*, Déplacement dans la Drôme, La Chapelle en Vercors, jueves, 12 de noviembre de 2009.

fluye enormemente sobre esas construcciones colectivas. Asimismo, las élites estatales pueden orientarse también a la construcción de relatos unánimes sobre el presente y sobre el pasado que intenten convertir esa memoria pública en una memoria obligatoria. Es decir, una memoria que delimite criterios de inclusión y exclusión dentro de una comunidad política. La relación entre poder y memoria obligatoria es evidentemente peligrosa para las personas corrientes, como lo muestran abundantes ejemplos de los dos últimos siglos de la historia occidental, y en especial los totalitarismos.

Un segundo orden de cuestiones se vincula, en cambio, con las formas de construcción de esa memoria. Incluso si uno puede discutir acerca de las relaciones entre imágenes y memoria en los individuos parece razonable sostener que la construcción de una memoria común en los grupos humanos debe ser puesta, ante todo, en relación con aquellas palabras e imágenes visibles para todos los miembros de un grupo. Palabras e imágenes que ofrecen puntos de referencia comunes. Ciertamente también esos recuerdos deben ser fijados en el espacio y en el tiempo. Son los «lugares de memoria» sobre los que reflexionó Pierre Nora hace más de veinticinco años<sup>13</sup>. El término «lugar» es entendido aquí en un sentido amplio. Incluye espacios, ritos, acontecimientos, textos y tradiciones orales. En este sentido, la memoria de un grupo, en su especificidad, debe estar ligada a una creencia compartida acerca de la significación de ciertos recuerdos en el cuadro de un *stock* casi ilimitado de recuerdos posibles. Desde luego que ese proceso es mucho más caótico e impreciso que lo que sugiere el orden establecido *ex post* por los historiadores, orden que, por otro lado, implica inventarios muy diferentes asociados con las tendencias de cada historiografía nacional y aun dentro de ellas<sup>14</sup>. En cualquier caso, se trata de una memoria que es producto de una selección que conlleva también olvidos, voluntarios e involuntarios; selección que a su vez reenvía al establecimiento de un «canon».

<sup>13</sup> NORA, P.: *Les lieux de mémoire*, 3 vols., París, Gallimard, 1997 (ed. original, 1984-1992).

<sup>14</sup> A modo de ejemplo pueden confrontarse las opciones tan diferentes escogidas por NORA, P.: *Les lieux...*, *op. cit.*, y por ISNENGI, M.: *I luoghi della memoria. Simboli e miti dell'Italia unita*, 3 vols., Bari, Laterza, 2010 (ed. original, 1996). Para una crítica a la operación propuesta por Nora y sus implicaciones nacionalistas véase CITRON, S.: *Le mythe national. L'histoire de France en question*, París, Les Editions Ouvrières, 1989 (agradezco a Silvio Lanaro la indicación de este libro).

Este «canon» se desgasta a lo largo del tiempo y, a la vez, es investido por generaciones sucesivas de nuevas significaciones absolutamente diferentes de su sentido original. Más allá aún, no solamente los mismos lugares y las interpretaciones diferentes o los mismos lugares mezclados con otros producen configuraciones plenamente renovadas. Seguramente también, como ocurría con el doblón de oro español clavado por el capitán Ahab en el mástil del *Peqod*, y en el que cada marino veía cosas diferentes, hay tantas significaciones posibles atribuidas a los lugares de memoria como individuos en relación con la imagen. De todos modos, no estamos interesados aquí en esas diferencias irreductibles de interpretación entre un individuo y otro, sino al *minimum* de trazos comunes que pueden postularse.

Los problemas de la memoria de un grupo humano están vinculados entonces a un espacio (real o imaginario) y a un conjunto de objetos. Esa relación entre una memoria, un espacio y unos objetos devenidos emblemáticos nos remite a otro término: patrimonio (el *alter ego* de la memoria, como ha escrito François Hartog)<sup>15</sup>. Patrimonio, he aquí otra palabra que se utiliza mucho hoy en día. A los usos múltiples del término se corresponde una multiplicación homóloga de los lugares y los objetos que han devenido patrimonializables. El término, que viene del latín *patrimonium* (el conjunto de bienes propios procedentes del padre), y que era utilizado sobre todo por juristas y economistas, ha conocido en los últimos decenios una expansión en muchos sentidos. Se habla hoy en día de un patrimonio «natural», de un patrimonio «viviente» (animales y vegetales en vías de desaparición), de un patrimonio territorial, de un patrimonio inmaterial (costumbres y tradiciones). En un sentido general y en el terreno de la cultura en particular, la expresión se refiere a bienes a los que se les atribuye significaciones. Ellos son, por utilizar la expresión de Kriydstof Pomian (que puede haber estado inspirado por Erwin Panofsky), bienes «semióforos», es decir, «objetos visibles investidos de significación»<sup>16</sup>. Lo que interesa aquí es el hecho de que la significación no está en los objetos, sino en los sujetos que están en relación con el objeto (como en el caso del *Pe-*

<sup>15</sup> HARTOG, F.: *Régimes d'historicité. Presentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.

<sup>16</sup> POMIAN, K.: *Sur l'histoire*, París, Gallimard, 1999, en especial pp. 206-229 y 270-283.

god). Ella cambia, por ende, si las coordenadas espaciales y temporales también cambian.

La expansión casi ilimitada de los bienes patrimoniales plantea numerosas cuestiones. La tentación de patrimonializar todo parece una tentación bien actual (aunque desde luego pueden señalarse precedentes en el mismo sentido, por ejemplo, en el momento romántico temprano), pero en el fondo es una imposibilidad o un absurdo. Evidentemente no pueden ignorarse aquí las incitaciones económicas que alientan la patrimonialización, en particular en las sociedades avanzadas, en las cuales un público también en expansión parece ávido de consumirla. Por otra parte, la democratización del bienestar implica la democratización del acceso a los bienes culturales, profundizando la tendencia que encontraba un punto de partida conceptual en la revolución francesa con su énfasis en el vínculo necesario entre patrimonio, pueblo y nación<sup>17</sup>.

Ciertamente, a todo objeto, material o inmaterial, es posible atribuirle una significación, pero intentar atribuírsela deliberadamente a todos y cada uno de ellos no nos permite comprender el sentido de ese infinito número de signos y nos lleva, al límite, a la supresión de la misma idea de patrimonio. Patrimonializar todo significa verdaderamente patrimonializar nada, porque si todo nos (me) pertenece, nada nos singulariza y, por tanto, nada nos identifica. Se retorna entonces, como en el caso de los problemas vinculados a la memoria pública, a la necesidad de elegir y, por ende, establecer una jerarquización según escalas de valor que cambian con el tiempo. Elegir es condenar al olvido a una parte del pasado y a una parte de los objetos que permiten recordarlo. Siempre se podría encontrar consuelo argumentando que aquello que se olvida hoy podrá ser reinvestido de nuevos significados mañana, ya que la patrimonialización es un proceso en el tiempo, no fuera de él. Una polémica finalmente no tan nueva. Basta recordar las reflexiones de François Guizot acerca de la necesidad de escoger según una razón histórica, dado que el pasado no es absoluto, sino relativo, cambia en los sucesivos presentes<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> POULOT, D.: *Musée, nation, patrimoine (1789-1815)*, París, Gallimard, 1997, pp. 26 y ss. Que ese proceso es todavía para muchas regiones más una meta que una adquisición, más de dos siglos después, es un argumento sustentado hoy en día.

<sup>18</sup> REVEL, J.: «La fabrique du patrimoine», ponencia presentada en las Jornadas internacionales *Historia, memoria y patrimonio. Las conmemoraciones y el bicente-*

## Las memorias de las migraciones: de la ausencia a la omnipresencia

¿Cómo situar a las migraciones internacionales en el cuadro de la memorialización y la patrimonialización en boga? Primera observación general: como señalamos, las migraciones y los migrantes fueron durante mucho tiempo un sujeto social olvidado en la memoria pública (no en cambio en la memoria familiar, doméstica) y correlativamente en el patrimonio. Ellos han sido recuperados sólo recientemente. Reflexionar acerca de las razones de ese «olvido» puede ser tan interesante como insistir sobre su descubrimiento.

La memoria cultural fue favorecida por los Estados nacionales, por los grupos humanos con creencias compartidas, pero sin Estado (comunidades nacionales supranacionales o subnacionales), o por grupos religiosos, sociales y políticos que se inscribían en el cuadro de los Estados nacionales sin disponer o disponiendo limitadamente de los recursos públicos. En ese contexto, para las elites de los Estados nacionales que tenían grandes grupos de emigrantes, éstos no constituían una preocupación central, aunque ciertamente hay modulaciones según los países, los regímenes y las épocas, por ejemplo, los fascismos eran más activos que los regímenes liberales precedentes y sucesivos. Asimismo, otros hechos más recientes, como los cambios en la concesión del voto a los ciudadanos en el exterior, abrieron nuevos espacios instrumentales de intervención. En cualquier caso, para los Estados de origen, en los periodos de las grandes migraciones de masas europeas, los migrantes y sus descendientes, aunque seguían formando parte de su comunidad de origen desde el punto de vista jurídico (*ius sanguinis*), no eran un objeto de celebración o de conmemoración. La emigración era vista a menudo como una necesidad (una «válvula de seguridad» en la conocida expresión del político italiano Sidney Sonnino), pero también como una respuesta individual o familiar asocial, y ciertamente como un signo de la debilidad y no de la pujanza de un Estado nacional.

Desde el punto de vista de los Estados recipientes, las razones del desinterés eran diferentes pero el resultado no lo era tanto. Deseosos, como todos los Estados nacionales, de fortalecer su co-

---

*nario entre reflexión y experiencia*, Buenos Aires, Universidad Nacional de San Martín-Archivo General de la Nación, noviembre de 2010, pp. 11-12.

hesión, concebían al inmigrante como un sujeto social transitorio, destinado a fundirse más o menos rápidamente en la sociedad de arriba. En el contexto de la «nacionalización de las masas» que caracterizó a casi todos los Estados nacionales entre los siglos XIX y XX se encuentran todos los mitos del *melting pot* (del *creuset* y del «crisol de razas»), fórmulas que reenvían al proyecto de una integración de los inmigrantes a una imaginaria cultura originaria preexistente<sup>19</sup>. El inmigrante era (o debía ser) un miembro pleno de la nueva comunidad nacional y, en este sentido, era invitado a incorporarse a todos los lugares de memoria del Estado recipiente. El emigrante era, desde este punto de vista, menos una figura transnacional que un episódico sujeto a-nacional.

El problema no es diferente si se considera a algunos grupos sociales y políticos alternativos a los poderes estatales. Tómese, por ejemplo, la memoria obrera: los inmigrantes no desempeñaron un rol significativo en la construcción de las memorias políticas y sociales en los países de origen (o más exactamente a los ojos de los políticos e intelectuales que construían esas memorias) y tampoco en los países de recepción, donde se los representaba como miembros de la clase obrera más que como pertenecientes a una comunidad étnica. La pugna entre identidad «étnica» e identidad de «clase» era importante en ello.

La situación era diferente en los casos de comunidades sin Estado que se definían como un pueblo. Aquí los inmigrantes eran percibidos como parte integrante enteramente de la comunidad y no había significativas diferencias entre migrantes y no migrantes; finalmente, todos estaban sometidos a Estados que no consideraban como propios (o al menos no lo consideraban así sus dirigencias). Una situación semejante ocurría en los grupos religiosos, especialmente los minoritarios, que no estaban ligados de manera estrecha a las élites de poder y que disponían de un escaso o nulo acceso a los recursos de los Estados respectivos. En estos casos el culto de los recuerdos era un punto fuerte de una identidad compartida más allá de los espacios nacionales. Era una variante del etnicismo en una perspectiva diaspórica.

---

<sup>19</sup> Ciertamente, el concepto de «crisol» cambió en periodos sucesivos, indicando la creación de una nueva identidad en la que se subsumían los aportes de los nativos y de los inmigrantes. Véase GLEASON, P.: «The Melting Pot: Symbol of Fusion or Confusion?», *American Quarterly*, XVI (1964), pp. 20-45.

¿Qué es lo que cambió en los últimos años?

En primer lugar puede recordarse el tan aludido debilitamiento de los Estados nacionales (o de sus condiciones de posibilidad). Debilitamiento vinculado en Europa a la emergencia de estructuras supranacionales que han dado nueva fuerza, en ciertos casos, a nacionalismos subnacionales. En América Latina, por una parte, el fin de las dictaduras militares y la generalizada crítica subsiguiente llevó hacia concepciones menos unánimes, más abiertas y, sobre todo, a un reconocimiento y toma de conciencia de las diferencias, aunque todo ello no ha dado lugar siempre a un debilitamiento de los discursos nacionalistas, y por otra parte, las estructuras supranacionales en la región están todavía en fases iniciales. Asimismo, en Europa como en América la emergencia del tema migratorio puede también vincularse con otros procesos: por ejemplo, con la crisis general de algunos de los principales instrumentos de nacionalización utilizados por los Estados en el pasado, como la escuela, y con la desaparición de otros, como el servicio militar. Por otra parte, si se mira el problema menos desde el punto de vista del Estado y más desde el punto de vista de la sociedad, es necesario tener en cuenta los cambios vinculados a la emergencia de una cultura de las diferencias y a la visibilización de numerosos nuevos actores sociales preocupados de valorizar sus memorias, entre ellos los grupos étnicos<sup>20</sup>. Se trata de procesos diferentes, según los casos, y que fueron precozmente fuertes en lugares como América del norte. Fenómenos desde luego vinculados a cambios económicos y sociales que, aunque desigualmente, afectaron a ambos lados del Atlántico y que conllevaron a un retroceso, absoluto o relativo, de otros actores sociales y políticos fuertes y de sus memorias culturales.

El itinerario brevemente descrito sugiere apenas las condiciones de posibilidad para la emergencia de las migraciones como lugar de memoria y como objeto patrimonial, y esas condiciones de posibilidad encuadran las características que adquieren las relaciones que una memoria pública y una política patrimonial establecen con las sociedades en las que operan. En este sentido, la memorialización pública de las migraciones aparece *a priori* como menos conflictiva

---

<sup>20</sup> Ciertas franjas de la historiografía acompañaron ese proceso en un tránsito de perspectivas gnoseológicas universalistas a otras identitarias. Una crítica de ese proceso en HOBBSAWM, E.: «La historia de la identidad no es suficiente», en HOBBSAWM, E.: *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 268-276.

que otras. Es una memoria sobre la que existe un amplio consenso, fundado sobre todo en el hecho de que es difícil hablar en contra de ella. Ella hace posible, ciertamente, nuevas formas de nacionalismo y etnocentrismo, atenuadas sólo en tanto se combinan con una *pietas* hacia la pequeña gente. Constituye una suerte de mezcla entre la *pietas erga patriam* y la *pietas erga populum*. Por otra parte, aunque las migraciones son un fenómeno al que están asociadas tantas dimensiones dolorosas de la experiencia de las personas corrientes —y ello alentaría a sumarlas a las numerosas «víctimas» cuya memoria se busca hoy reivindicar—, son percibidas por los descendientes más bien como un proceso feliz porque parecen serlo desde sus resultados: el reconocimiento de que a través de ellas se produjo un gigantesco proceso de movilidad social. En este sentido, si en tiempos pasados las migraciones pudieron ser vistas como un movimiento que revelaba los males del capitalismo, desde el punto de vista de los descendientes, ellas son leídas más bien como un ejemplo de las posibilidades del capitalismo (y se habla aquí de los descendientes o de la opinión pública, no de las comunidades de historiadores siempre en tensión entre optimistas y pesimistas).

Debe notarse también que es un tema que encuentra un extendido *feedback* en diferentes sociedades involucradas, y en especial en las nuevas generaciones. Se puede señalar, desde una acotada perspectiva personal, que en la experiencia de investigación se observa que aquellos descendientes de personas que fueron inmigrantes y trabajadores, manuales o no, tienen mucha más curiosidad por la primera de esas dos dimensiones, quizás porque ella ha permanecido con más fuerza en los recuerdos familiares. En este sentido, la memoria de las migraciones parece funcional a los intereses de diferentes actores en tanto es un potencial punto de encuentro entre las memorias familiares y las memorias públicas en el presente (en especial en los países de inmigración). Así, la musealización de las migraciones parece ir *a priori* al encuentro de un público y una opinión favorables, percepción que permite capitalizar recursos políticos y económicos.

Un segundo orden de cuestiones está vinculado a una paradoja aparente. ¿Cómo combinar el nuevo lugar memorial y patrimonial otorgado a los migrantes, y los debates y las reacciones (incluidas la ola xenófoba tan visible hoy en Europa y Estados Unidos) a las migraciones contemporáneas? Una respuesta general es que la capaci-

dad de las diferentes pedagogías de cambiar las actitudes y orientaciones concretas de las personas ha sido desmentida demasiadas veces en el pasado como para creer a rajatabla en su eficacia. Una respuesta particular es que la celebración de las migraciones, la «memoria feliz», está vinculada a movimientos del pasado y no a los del presente. La emigración-inmigración que se celebra hoy es sobre todo la de las grandes oleadas europeas de los siglos XIX y XX, y no la de los movimientos migratorios contemporáneos (más allá de todos los esfuerzos de los historiadores por mostrar las continuidades entre las experiencias del pasado y las del presente). Ello es previsible desde la perspectiva de las elites estatales: la memoria de las migraciones puede ser reconstruida como una experiencia feliz a partir de una selección de recuerdos y de olvidos. Desde la perspectiva de otros sujetos, por ejemplo, las comunidades migrantes y sus grupos dirigentes, la insistente promoción de la patrimonialización de la memoria migratoria se coloca en la transición entre experiencia vivida y experiencia narrada como un modo de evitar el olvido. En este sentido, la patrimonialización vuelve a significar más el signo de un miedo (el miedo al olvido) que un signo de fuerza.

Desde el punto de vista patrimonial, las migraciones presentan otros problemas específicos. Los movimientos migratorios son, en la conocida expresión de Marcel Mauss, un «hecho social total», es decir, un hecho o un conjunto de hechos a través de los cuales se pueden aprehender y estudiar todos los aspectos de la vida humana. Por otro lado, un problema mayor es el de la representación de las migraciones. Los bienes semióforos que comunican la experiencia de las migraciones son «objetos prácticos» más que «obras de arte» (o mejor dicho, que obras de arte dentro del canon), y por discutible que sea esta distinción es útil para subrayar la ausencia de un criterio condivisible de jerarquización estética. Hecho social total y objetos prácticos ilimitados producen una combinación explosiva y sugieren otro ejemplo de la tentación de patrimonializar todo. Es necesario nuevamente elegir. ¿Pero cómo?

### **Multiplicidad de actores, multiplicidad de «usos»**

Cuando se hacen operaciones de patrimonialización (o sea, de memoria) se interpela a menudo a los historiadores, según el prestigio mayor o menor de que gozan en las diferentes sociedades. És-

tos pueden evitar involucrarse, según el estereotipo de la antigua actitud de los eruditos. Pueden también rechazar participar activamente y limitarse a tomar parte críticamente en los debates públicos, desde la posición de experto o de intelectual. Finalmente, pueden optar por comprometerse en los trabajos de patrimonialización. En las dos últimas situaciones, el historiador se ve confrontado necesariamente a problemas teóricos e historiográficos, y en la tercera, también a innumerables cuestiones prácticas.

Ante todo, el historiador debe tomar una posición conceptual sobre las relaciones entre «historia» y «memoria». Dos vías mayores se abren aquí, aquella que, sosteniendo la distinción irreductible entre ambas, convierte a la memorialización en un objeto de reflexión de la historia, y aquella que parte del lugar opuesto: la asimilación entre una y otra. Fue sobre todo en los años setenta y ochenta que esta última operación se hizo frecuente entre los historiadores profesionales, en especial en torno a aquellos que se definían «comprometidos» o «militantes». En estos casos, a los historiadores les preocupaba pensar el pasado desde un punto de vista particular, aquel del sujeto que habían escogido y con cuyo destino se identificaban (las mujeres, los obreros, el pueblo, los italianos, los judíos, los armenios, los jóvenes, etc.), para darles una voz. La voz de los que no tienen voz, como fue dicho. En cualquier caso, el resultado era una historia que puede definirse como identitaria en tanto parte de la identificación entre el historiador y su objeto de estudio en la búsqueda de abolir las diferencias entre productores y consumidores de historia<sup>21</sup>. Detrás de ese movimiento podía percibirse un clima general (*narodnik*) que signó a buenas franjas del momento post 68, con todas las variantes nacionales y macrorregionales que puedan encontrarse en esos procesos. Ese movimiento era acompañado por otro que a su modo lo justificaba: todo deve-

---

<sup>21</sup> Un inteligente balance de ese momento historiográfico en PASSERINI, L.: *Storia e soggettività. Le fonti orali, la memoria*, Florencia, La Nuova Italia, 1988. Otro balance que incluye variadas perspectivas y debates en el seno del *History Workshop* en SAMUEL, R.: *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984. Para un tránsito de la historia identitaria del «nosotros» a otra perspectiva subjetivista, la del «yo» autobiográfico, véase DI CORI, P.: «Soggettività e pratica storica», *Movimento operaio e socialista*, 1-2 (1987), pp. 77-97. Acerca de cuánto influyen las diferentes tradiciones intelectuales nacionales, por ejemplo, en un lugar (París) en el que el momento estructuralista era fuerte, véase el autorretrato tan diferente propuesto por GAUCHET, M.: *La condición histórica*, Madrid, Trotta, 2007, en especial pp. 36-57.

nía objeto de historia (y la inflación de sujetos pone problemas semejantes a los que hemos evocado a propósito del patrimonio) en el mismo momento en que el programa de una historia total aparecía como una ilusión irrealizable y datada. En los estudios migratorios, por su parte, es posible constatar que, sobre todo en América del norte, los historiadores que se ocupaban de estudiar un grupo étnico eran a menudo ellos mismos originarios de ese grupo y el nuevo clima historiográfico les brindaba una buena justificación para pasar de una perspectiva «pietista» a otra «comprometida».

La percepción más habitual y más tradicional siguió siendo, sin embargo, otra: la historia y la memoria se ocupan ambas del pasado, pero lo hacen de manera radicalmente diferente. Los argumentos que sostienen esta posición pueden resumirse del siguiente modo. En primer lugar, si los historiadores se ocupan del pasado a partir de las preguntas y las solicitudes que provienen de su propio presente, ellos se interesan por el pasado en tanto que pasado, mientras que la memoria y el patrimonio se ocupan del pasado en tanto que presente. Las preguntas que el historiador dirige al pasado, aunque generadas desde el hoy, se orientan a estudiarlo en tanto que diferente del presente (si el pasado es idéntico al presente, ¿cuál sería el interés de estudiarlo?), aun si, como los historicistas (o los influidos por ellos) señalaban insistentemente, esas preguntas no debían solamente orientarse hacia la alteridad irreductible del pasado, sino también hacia las relaciones entre aquellos pasados y los presentes: cómo hemos llegado a ser lo que somos hoy en día<sup>22</sup>. Se trata, en cualquier caso, de una exploración del pasado que requiere numerosas mediaciones y, ante todo, las mediaciones de las fuentes, en las que a la naturaleza indiciaria del documento se opone la naturaleza fiduciaria del testimonio<sup>23</sup>. Es posible que en las décadas recientes se haya entrado en la «era del testimonio», pero para el historiador clásico, el testimonio o el testigo están irresolublemente ligados a la crítica y más aún a la acerba crítica necesaria a los testimonios «voluntarios» (sobre lo que Marc Bloch dijo hace mucho todo lo necesario)<sup>24</sup>.

---

<sup>22</sup> CANTIMORI, D.: *Los historiadores y la historia*, Barcelona, Península, 1985, pp. 163-166.

<sup>23</sup> CHARTIER, R.: «El pasado en el presente. Literatura, memoria e historia», *Coherencia*, 7 (2007), p. 14.

<sup>24</sup> Sobre la idea de la era del testimonio, WIEVIORKA, A.: *L'ère du témoin*, Pa-

Si la historia es siempre un conocimiento mediado, la memoria y el patrimonio son el pasado en el presente sin mediaciones explícitas. Ellos se proponen una aprehensión inmediata, no son experiencias en el tiempo, sino más bien fuera de él. Las condiciones de su éxito pueden buscarse en muchas partes y desde luego en las condiciones de posibilidad que les brinda la reciente devaluación paralela del futuro y del pasado (o en otra terminología del horizonte de expectativas y del espacio de las experiencias)<sup>25</sup> que caracteriza, como señalamos ya, los tiempos actuales. Todo parece resolverse en el instante que huye, y un instrumento para combatir esa sensación de fugacidad puede encontrarse en el reiterado recurso a una consagración de objetos del pasado de los que nos apropiamos como si no pertenecieran a otros tiempos y a otras gentes, sino a nosotros mismos.

La diferencia entre la historia y la memoria es, entonces y ante todo, una cuestión de perspectiva. Lo es también de actitud. Desde los fundadores de la historiografía moderna —y aun desde antes si quiere incluirse a los anticuarios que batallaban contra los pirronistas— se ha admitido que el primer deber de la historia es la exactitud y el establecimiento de los hechos con precisión, y no se ve bien por qué esa antigua tradición debería abandonarse. El pasado ocurrió de una manera, no de cualquiera. Ciertamente, nuestros instrumentos de indagación no son suficientes para establecerlo con precisión (más allá de las dimensiones singulares), pero ello no es una razón válida para despreciar la labor en aras de especiosas invenciones contemporáneas. Inmediatamente encontramos el problema de la comprensión del pasado: en este punto, la idea de verdad ha sido desplazada por aquella de verosimilitud o plausibilidad y, desde luego, nuestras certidumbres son más intersubjetivas (la credibilidad dada por la comunidad científica) que puramente objetivas. Permanece de todos modos el hecho de que el historiador se orienta hacia la verdad aun si no puede alcanzarla. En los códigos de su oficio, la interpretación de un historiador debe ser congruente con los hechos disponibles y debe estar sometida a verificación y a refutación, y, por otra parte, no hay un

---

rís, Hachette, 2002; sobre la crítica a los insidiosos testimonios «voluntarios», BLOCH, M.: *Introducción a la historia*, México, FCE, 1965 (ed. original, 1949).

<sup>25</sup> KOSELLECK, R.: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 1993, pp. 333-357.

número infinito de interpretaciones legítimas en sede historiográfica, sino una serie limitada.

Finalmente, la diferencia entre el historiador y el memorialista es una diferencia de propósito: el historiador no aspira a comprender el pasado desde un «nosotros», sino a partir de un «ellos». Como escribió hace muchos años Halbwachs (y reiteró más recientemente Hobsbawm), la historia es (sería mejor decir «aspira a») conocer el pasado desde un punto de vista universal y no desde un punto de vista particular<sup>26</sup>. Todo lo dicho no impide que existan, en la práctica, muchas posiciones intermedias.

Más allá de las diferencias que pueden postularse en las relaciones entre historia y memoria, como ya observamos, el historiador puede decidir enrolarse o no en las cuestiones de construcción de la memoria y en las prácticas de patrimonialización (por ejemplo, la construcción de un museo). Las razones y las modalidades serán diferentes según la concepción que tenga de la historia y de su función en la sociedad. Por otra parte, el historiador encontrará en ese territorio a otros actores: de museólogos a escenógrafos, de urbanistas a arquitectos, de periodistas a escritores, de políticos a técnicos de distintos tipos, y otros más todavía. Los historiadores no pueden (aunque lo reclamen) reivindicar ningún monopolio y tampoco ya ningún papel prioritario. Nadie está dispuesto a concedérselo. Todo deviene entonces materia de negociaciones inevitables y difíciles, y ellas también dicen mucho, tanto como los debates teóricos acerca de memoria e historia en el complejo entramado en el que tanto pesan las «razones prácticas» tan a menudo olvidadas en los estudios académicos<sup>27</sup>. Negociación, entonces, *hic et nunc*. Es la lógica de las sociedades democráticas plurales. Los historiadores pueden reclamar ser el punto de partida en la medida en que son expertos en el trabajo sobre el pasado. Pueden también reivindicar otra tarea más ambiciosa: la elección del relato, pero, en este punto, otros actores, especialmente los políticos, darán su punto de vista según sus propios intereses. En ese marco general, existen muchas diferencias entre los distintos contextos nacionales según las lógicas culturales, las características de las elites políticas (y

<sup>26</sup> HALBWACHS, M.: *La mémoire collective*, París, Albin Michel, 1997, en especial pp. 121-142.

<sup>27</sup> BOURDIEU, P.: *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*, París, Seuil, 1994, en especial pp. 213-230.

también económicas) y el nivel mayor o menor de prestigio y reconocimiento de que gocen los historiadores profesionales. En conjunto, aun si las élites políticas (y económicas) son menos cultivadas (y menos ideológicas) que en el pasado, disponen siempre de los recursos decisionales, y en especial de aquel que a la larga se revela finalmente decisivo: el dinero.

### Museos, museos de migraciones, encrucijadas

Un museo, más o menos complejo, con un relato cerrado o abierto, es siempre una cosa enfática. Se puede comenzar con una historia conocida. Cuando Henri Pirenne y Marc Bloch arribaron a Estocolmo para participar en unas conferencias, el primero le dijo al segundo: comencemos por visitar la ciudad, no los museos, ante todo la vida, porque no soy un anticuario. Marc Bloch, que cita el episodio, supo sacar buenos beneficios historiográficos de esta reflexión para los estudios rurales con su método regresivo<sup>28</sup>. Un razonamiento posible es el siguiente: muchas dimensiones del pasado están todavía en el presente y podemos aproximarnos a ellas mirando alrededor de nosotros. Si la historia y sus restos están aquí y allá: ¿por qué construir museos? Un problema cierto es que los contemporáneos (incluidos no pocos historiadores) no saben hoy mirar al pasado en el presente. Ése es en buena medida el caso de la historia de las migraciones internacionales de los siglos XIX y XX. Los vestigios de las migraciones están en las ciudades, en las villas, en los puertos y también en el mundo rural. ¿Por qué encerrar una realidad tan rica, casi infinita, en un espacio finito? ¿Por qué un museo, entonces? Porque se quiere subrayar algo, porque se quiere proponer un orden y porque se intenta a partir de él, desde sus orígenes, un acto pedagógico<sup>29</sup>.

De los numerosos museos de las migraciones, uno de los pocos que parte de una idea abierta del espacio se encuentra en el

---

<sup>28</sup> BLOCH, M.: *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, A. Colin, 1968 (ed. original, 1931), t. 1, «Introduction. Quelques observations de méthode».

<sup>29</sup> Así emerge ya en el reglamento de 1714 la primera institución que se denomina Museum, el Ashmolean de Oxford. Citado por CHASTEL, A.: «La notion de patrimoine», en NORA, P.: *Les lieux...*, op. cit., t. 1, p. 1445.

norte de Portugal. Es el Museu das Migrações e das Comunidades de Fafe. Una ciudad de 15.000 habitantes que conserva numerosos vestigios de la emigración hacia Brasil y, sobre todo, de los migrantes de retorno, los «brasileiros», a veces retornados ricos. Es un museo que no tiene un verdadero centro. Imaginado por un erudito local, el museo ha hecho de su debilidad en materia de recursos económicos su punto de fuerza. Los recursos limitados, quizás más que un diseño preestablecido, han incitado a buscar una solución valorizando una resolución multicéntrica<sup>30</sup>. La experiencia de Fafe hace recordar a un pequeño relato de Borges que se llama «los dos reyes y los dos laberintos»<sup>31</sup>. Un rey de Babilonia había hecho construir un laberinto grande y complejo. Durante la visita de un rey árabe, el otro rey había querido burlarse de su huésped haciéndolo perderse en su laberinto. El rey árabe, fatigosamente y con gran angustia, logró salir del laberinto y dijo a su anfitrión que él tenía en Arabia un laberinto. Habiendo el rey árabe conquistado Babilonia hizo conducir al rey prisionero a su laberinto. Ese laberinto era el desierto en el que el rey de Babilonia se perdería y moriría. Corolario: un laberinto puede ser un espacio cerrado o abierto y sin puntos de referencia. Ése es también el caso de los museos. La mayoría de los grandes museos de migraciones han elegido el modelo del rey de Babilonia: un espacio cerrado.

Otra observación sobre los museos es que, en el modelo cerrado, la elección del espacio en el cual representarlo influirá de varios modos en la interpretación posterior propuesta. Ciertamente esa elección no tiene nada de obvio (aunque así se suponga) y además está sujeta, a menudo, a procesos contingentes que influyen tanto como la proyectualidad inicial. Michael Werner lo ha mostrado a propósito de dos museos proyectados contemporáneamente en Alemania, en Bonn y Berlín, a mediados de los años ochenta, en la época de Helmut Kohl. El vértigo de los acontecimientos políticos iba a cambiar el significado de ambas empresas. El Museo de Bonn, creado *ex nihilo*, fue resignificado en su sentido último por

---

<sup>30</sup> ROCHA-TRINIDADE, M. B., y MONTEIRO, M.: «Il Museu da Emigração e das Comunidades, Fafe, Portugal», *Studi Emigrazione*, 167 (2007), pp. 588-596 (el número entero está dedicado a museos de migraciones y mayoritariamente a las fundaciones propuestas por sus promotores).

<sup>31</sup> BORGES, J. L.: «Los dos reyes y los dos laberintos», en BORGES, J. L.: *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 607.

la reunificación alemana y por el desplazamiento de la capital a Berlín. Todo ello atribuía un significado diferente a un proyecto articulado en torno a la historia de la República Federal Alemana en implícito contraste con la de la República Democrática. El Museo de Berlín, cuyos propósitos eran aún más ambiciosos —en el fondo restituir a los alemanes su pasado—, fue concebido para ser instalado en un lugar emblemático, de cara al Reichstag y cerca de la puerta de Brandenburgo, con todas sus implicaciones para una ciudad dividida por un muro. Sin embargo, también aquí el fin de la división de Berlín terminó suprimiendo el muro y desplazando al Museo a otro lugar, lo que le dio un significado completamente diferente. Ciertamente se trata de un caso límite y, sin embargo, los casos límite ayudan a pensar problemas<sup>32</sup>.

En el caso de los mayores museos de migraciones, las opciones aparentemente obvias han primado en muchos casos, en especial en los países americanos de inmigración. Éstos han propuesto mayormente espacios vinculados con lugares de arribo emblemáticos de los migrantes europeos. Por ejemplo, Ellis Island en Nueva York (Estados Unidos), la Hospedaria de San Pablo (Brasil) y el Hotel de los Inmigrantes en Buenos Aires (Argentina). Lugares que eran ellos mismos monumentos antes de ser museos y además monumentos que tenían con los años (en la clásica terminología de Riegl) «valor de antigüedad». Ellos servían por sí solos para rememorar desde la impresión inmediata que causaban en grupos muy amplios de personas que entraban en contacto con él<sup>33</sup>. Por otro lado, y hasta cierto punto, esa impresión, en los casos presentados, había sido deliberadamente buscada en la construcción misma de aquellos edificios destinados a impresionar a los mismos inmigrantes en el momento de su arribo acerca de la potencia de la nación hospitante. Por otra parte, aunque ciertamente ellos no fueron los únicos lugares de arribo a lo largo del tiempo, presentaban la ventaja para su musealización, dada esa capacidad de rememoración, de ser espacios identificados en los imaginarios sociales con la llegada de los inmigran-

<sup>32</sup> WERNER, M.: «Deux nouvelles mises en scène de la nation allemande. Les expériences du Deutsches Historisches Museum (Berlín) et du Haus des Geschichte der Bundesrepublik Deutschland (Bonn)», en HARTOG, F., y REVEL, J.: *Les usages politiques du passé, Enquête*, 1 (2001), pp. 77-98.

<sup>33</sup> RIEGL, A.: *El culto moderno a los monumentos. Caracteres y origen*, Madrid, Visor, 1987 (ed. original, 1903), pp. 49-56.

tes transoceánicos. Ello era así porque coincidían con el momento de máximo arribo de los mismos, pero también por aquel carácter monumental intencionado de sus inicios y reforzado luego. De este modo, los museos allí instalados generaban una situación contradictoria: por un lado, más que promover una significación o una relectura nueva, reforzaban los estereotipos ya existentes, pero, por el otro, e inversamente, su «valor de novedad» y el tipo de relato propuesto entraban en pugna con la antigua significación<sup>34</sup>.

En relación con el primer aspecto, el reforzar estereotipos, una primera comprobación es que los lugares escogidos dejaban de lado simbólicamente a otros inmigrantes, llegados antes o después y, desde luego, a todos aquellos que no habían llegado en barco. Por poner algunos ejemplos, era el caso de los mexicanos en Estados Unidos; de los bolivianos, paraguayos y chilenos en la Argentina, o de los paraguayos en el Brasil, entre muchos otros. En el caso argentino, la Ley de Inmigración de 1876 establecía explícitamente que aquellos que no llegaban a Argentina por barco desde cabos afuera no podían ser considerados inmigrantes y, por ende, no tenían derecho a los beneficios, efectivos o teóricos, concedidos a ellos. El caso no es generalizable, ya que, por ejemplo, la Hospedaria de San Pablo recibió durante la entreguerra (y en especial a partir de los años treinta) numerosos inmigrantes internos del nordeste que habían reemplazado como mano de obra a la inmigración europea, aunque es bien posible que este hecho haya dejado poco o ningún impacto en la memoria asociada a ese edificio y sea sólo una curiosidad erudita. Por otra parte, cada edificio tuvo una historia posterior a su desafectación como lugar de control o alojamiento de los inmigrantes, y ellas fueron también diferentes. En el caso argentino, el edificio es hoy sede de la Dirección de Migraciones en la que los inmigrantes recientes (sudamericanos sobre todo) deben realizar prácticas burocráticas para regularizar su situación legal. Ello genera una doble significación bien diferente para antiguos y nuevos inmigrantes (antiguo hotel para los europeos, lugar de control para los sudamericanos), y otra pugna entre su valor memorial y su valor instrumental.

---

<sup>34</sup> Ciertamente, en una perspectiva temporal más larga es posible argumentar que la significación primera quede plenamente subsumida en la más reciente. Sobre este punto, KOSELLECK, R.: *L'expérience de l'histoire*, París, Gallimard-Seuil, 1997, pp. 208-209.

Los tres museos presentan, asimismo, otras diferencias en relación con los lugares escogidos. Ellis Island, además de ser un lugar de arribo de los inmigrantes europeos, era un lugar de control, de admisión y rechazo de los inmigrantes, donde funcionaba la Federal Immigration Station a partir de 1892. No era un lugar de acogida, sino un lugar de selección y de pasaje (para los inmigrantes aceptados la duración de la estancia allí podía durar al máximo cuatro o cinco horas)<sup>35</sup>. El control era obligatorio para los inmigrantes arribados en tercera clase, pero no para aquellos que lo habían hecho en primera o segunda, ya que no pasaban por la isla. Aunque la gran mayoría de los arribados era aceptada, debe observarse que el lugar sugiere mucho más el poder del Estado federal norteamericano que la experiencia de los inmigrantes. La autoridad más que la apertura. Al menos no falta algún testimonio de inmigrante que lo percibió al transitarlo como un palacio por fuera y una prisión por dentro<sup>36</sup>. Por otro lado, una buena parte del museo está dedicado a la misma Station y no a la experiencia migratoria. Asimismo, puede recordarse que durante las dos guerras y en la inmediata primera posguerra, la estación funcionó como una suerte de prisión para los extranjeros, radicales o no, que el Estado americano consideraba peligrosos y que, en consecuencia, eran allí confinados (y el diseño cerrado del edificio y el carácter insular refuerzan la imagen del control), aunque es posible que, al igual que en el caso de Brasil, ello sea nuevamente solo una curiosidad erudita.

Mirado el problema desde otro ángulo, los nuevos museos son algo efectivamente nuevo y la novedad es que reducen el poder evocador del edificio original al subsumirlos en un contexto renovado y desde allí neutralizan hasta cierto punto la temporalidad que evocaba el monumento original. Si el monumento era una forma de conmemoración del pasado en el presente, el museo es la consagración del presente en el presente. Por otra parte, los relatos museográficos, en general mucho más abiertos, colocan una tensión adicional entre el simbolismo original de los lugares y las nuevas interpreta-

---

<sup>35</sup> Sobre el museo de Ellis Island puede verse GREEN, N.: «L'île de M. Ellis, du dépôt de munitions a lieu de mémoire», *Hommes et migrations*, 1274 (2004), pp. 40-47.

<sup>36</sup> Citado en GREEN, N.: «A French Ellis Island? Museums, Memory and History in France and the United States», *History Workshop Journal*, 63:1 (2007), pp. 242-243.

ciones plurales, del mismo modo que lo colocan entre las memorias europeas asociadas a ellos y la voluntad de consagrar en él a todos los inmigrantes. Si ponderar el peso de lo antiguo y de lo nuevo en ese complejo entrelazamiento es inevitablemente difícil, lo es quizás menos recordar el peso performativo del lugar, mayor o menor según los casos y las perspectivas, sobre el relato museográfico.

Los lugares escogidos por Argentina y Brasil son en parte diferentes. Los nombres originales lo muestran ya: *Station versus* Hotel-Hospedaria. En el Estado de San Pablo, la Hospedaria, establecida en el barrio del Bras en la capital paulista, al costado del ferrocarril que enlazaba el puerto de Santos con la ciudad, era ante todo un lugar de acogida y de residencia temporaria (aunque su función estratégica era la de servir de mercado de trabajo para los *fazendeiros* que establecían contratos de trabajo con los colonos). El Hotel de Buenos Aires (el último, inaugurado en 1912) estaba situado en el centro de la ciudad, al costado de la dársena de desembarco para vapores de pasajeros como lugar de acogida, de residencia y también de control. En San Pablo, en cambio, existía una separación entre el lugar de control en Santos y el lugar de acogida en San Pablo. El pasaje por la Hospedaria era voluntario, no obligatorio y el que aceptaba residir allí podía recibir las ventajas ofrecidas por la legislación para los inmigrantes (como el alojamiento gratuito y un billete de tren, igualmente gratuito, para otro destino dentro del Estado). Sin embargo, una vez hecha la elección, el inmigrante no podía salir de ella (incluida la misma Hospedaria) hasta que hubiera firmado un contrato de trabajo<sup>37</sup>. El carácter cerrado del edificio en torno a un espacio central recuerda a una prisión más que a un hotel (y efectivamente fue utilizado también como una prisión durante los años veinte). En Buenos Aires, el alojamiento era voluntario y para los inmigrantes que habían decidido acogerse a la ley brindaba servicios gratuitos equivalentes a los de la Hospedaria de San Pablo. Dos diferencias, sin embargo, deben remarcarse: en el caso argentino no existía obligatoriedad y la disposición del edificio (un espacio longitudinal abierto hacia el río y hacia la ciudad) no le dan el carácter cerrado del caso paulista. En cualquier caso, también en los ejemplos sudamericanos es el Estado el que está en

---

<sup>37</sup> Sobre el punto y más en general sobre la historia de la Hospedaria, véase MOURA, S. (ed.): *Memorial do Imigrante. A imigração no estado de São Paulo*, São Paulo, Imprensa Oficial, 2008.

el centro del dispositivo espacial. Ciertamente lo que los lugares sugieren en su «valor de antigüedad» es más un Estado paternal que un Estado policial, pero siempre se trata del Estado.

Una última comprobación puede hacerse y no concierne a la relación entre espacio elegido y proyecto museístico, sino a la operación de construcción del museo. Ellis Island se inauguró en 1990 tras recoger una inmensa suma de dinero en el ámbito privado. El proyecto de San Pablo empezó más tarde, fue realizado por el mismo Estado paulista e inauguró en 1998. El caso argentino presenta otras singularidades. Nació como idea a mediados de los años ochenta (en relación con el retorno de la democracia y una imagen más abierta y plural de la sociedad argentina). A partir de allí comenzó y recomenzó una y otra vez con sucesivas y contradictorias iniciativas del Estado argentino (la última en relación con el Bicentenario) y, más allá de la modestísima exposición existente, nunca ha llegado a buen puerto. Las fluctuaciones de la economía argentina pueden brindar argumentos para explicar el carácter errático del museo argentino, pero más aún pueden brindarlos las lógicas políticas y sociales y la ausencia de toda profesionalidad en las estructuras estatales.

Entre los museos europeos pueden encontrarse también diferencias sustanciales. Se explorarán aquí tres casos entre muchos otros: la Cité Nationale de l'Histoire de l'Immigration en París, el Museo Nazionale dell'Emigrazione Italiana en Roma y el Deutsches Auswanderer House en Bremerhaven. Una primera diferencia entre los tres es que el francés es un museo de la inmigración (aun si Francia ha sido también un país de emigración)<sup>38</sup>, mientras que los otros dos son museos de la emigración.

Es bueno empezar la exploración nuevamente por los lugares elegidos. La Cité de l'Immigration fue instalada en un edificio (el Palais de la Port Dorée) de la Exposition Coloniale de 1931 en el que se encontraba un Museo des Colonies, más tarde llamado Musée de la France d'Outre Mer, y finalmente, desde 1960, Musée des Arts Africains et Océaniens. Una primera observación es que la colocación del museo en París (en un lugar alejado del centro) y no en una ciudad puerto da al lugar una significación muy diferente a la de sus homólogos americanos. En cierto modo esa colocación en

---

<sup>38</sup> OTERO, H., y WEIL, F.: «Los franceses en las Américas» (dossier), *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 61 (2006).

la capital era bastante previsible vista la fuerza de París en el hexágono, su importancia como lugar de inserción de los inmigrantes y la ausencia de un lugar de entrada dominante o emblemático (aunque una opción considerada fue Marsella). Una segunda observación es que el lugar, por su historia y por su arquitectura, no parecía ciertamente el mejor para celebrar a los inmigrantes, y ello no dejó de ser observado<sup>39</sup>. La significación histórica original parece claramente en pugna con la conmemoración de la inmigración y más bien sugiere la continuidad de otra consagración: la de la gran Francia civilizadora. Aunque nuevamente lo que el lugar representó en 1931 no es necesariamente lo que representa hoy, la fuerte perdurabilidad de los rasgos originales del edificio (incluidos sus bajo relieves) y la pervivencia de algunos espectáculos allí subsistentes del museo precedente (como el acuario tropical) lo hace un lugar bastante sorprendente para un museo de la inmigración.

La Cité, abierta al público en el 2007, es también un museo relativamente pobre (en especial si se lo compara con el casi contemporáneo Musée du Quai Branly, inaugurado en el 2006). Como resultado, tras un auspicioso comienzo, el museo padece hoy de la ausencia de un público significativo. Por otra parte, los debates en torno a la creación en Francia de un Ministerio de la Inmigración y de la Identidad Nacional (que ya en su denominación remitía a la perdurabilidad del paradigma del *creuset*), que convencieron a varios prestigiosos historiadores a abandonar su lugar en los comités de la Cité, pueden ser vistos como un último escalón en la política de indiferencia del Estado francés hacia los inmigrantes y sus culturas.

¿Es simplemente el azar el que provoca que los casos francés y argentino presenten ciertas semejanzas en relación con las políticas públicas de la memoria relacionadas con los inmigrantes? O, por el contrario, ¿ello debe relacionarse con que se trata de dos grandes países de inmigración en los que el mito del crisol ha sido muy fuerte tanto como las estrategias públicas de integración en el contexto de un imaginario republicano? ¿Qué lugar puede tener la memoria pública de la inmigración en ese cuadro cultural?

El caso italiano es muy revelador por muchos motivos. El museo está provisoriamente instalado en el Monumento Nazionale a Vittorio Emanuele II (el Vittoriano) en Roma, proyectado en la dé-

---

<sup>39</sup> JARRASSÉE, D.: «L'ex palais des Colonies: le poids d'un héritage», *Museum International*, 233-234 (2007), pp. 57-66.

cada de 1880 e inaugurado en 1911; un monumento arquitectónicamente en pugna con la ciudad que, si bien originalmente estaba destinado a celebrar a la figura del monarca «padre de la patria» y a partir de allí a la misma monarquía y a la unidad de Italia, fue cambiando de sentido con el tiempo. Una de las partes del mismo, el «Altare della Patria», en el que se instalaría, luego de la Primera Guerra Mundial, la tumba del soldado desconocido, modificaron el sentido del monumento original y la clave interpretativa orientándola en un sentido acorde con el nacionalismo de masas postriorgimento. El fascismo introdujo luego otros cambios, como colocar allí el Museo Centrale del Risorgimento y la Galería de las Banderas del Ejército, convirtiéndolo en un complejo museal litúrgico pero adyacente y secundario respecto al lugar simbólico principal del régimen, Piazza Venezia<sup>40</sup>. Los significados cambiaron luego nuevamente. En cualquier caso, es interesante observar que entre los sucesivos significados propuestos por los grupos dirigentes y los significados atribuidos por las personas de a pie puede haber una gran distancia, como lo sugieren los distintos apelativos que los romanos dieron en su cotidianeidad al monumento, de «sopa inglesa» a «máquina de escribir».

Es posible, con todo, ir más allá. El hecho de que la ciudad elegida para el museo sea Roma (con limitadísima participación en la emigración) es bien significativo. El hecho de que el lugar escogido sea provisorio no lo es menos, como tampoco el que sea, en sus distintas versiones, un lugar *ad maiorem Italiae Gloriam*. La colocación de un Museo de la Emigración en un lugar tan cargado simbólicamente parece intentar sugerir que los emigrantes, en el sesquicentenario de la unidad, también forman parte plenamente de la historia de Italia, y ello de algún modo propone una relación optimista entre el proceso de construcción de una nación y la emigración, relación solamente posible desde una idea fuertemente etnicista (el pueblo italiano, uno e indivisible más allá de las fronteras nacionales). En suma, una de las tantas formas de la «Italia fuori d'Italia» en un momento en que el gran tema de debate público no es la emigración, sino la inmigración. En cualquier caso, y más allá de que en la exhibición del museo se incluya a los inmigrantes actua-

<sup>40</sup> TOBIA, B.: «Il Vittoriano», en ISNENGI, M.: *I luoghi della memoria...*, op. cit., t. 1, pp. 289-300.

les, nuevamente tenemos una pluralidad de tensiones entre el lugar elegido, los climas culturales y el proyecto museístico.

El caso italiano puede servir también para mostrar las complejas tramas que llevan a la creación de un museo. Nacido como una iniciativa del gobierno Prodi (gobierno sostenido por diputados y senadores elegidos en el exterior en representación de los emigrantes y sus descendientes y cuyo voto fue decisivo para alcanzar la investidura parlamentaria), fue inaugurado durante el gobierno Berlusconi, que aunque también apoyado por parlamentarios elegidos fuera de Italia, no necesitaba del apoyo de éstos. El interés por el museo decayó y con él los recursos. Se optó por una solución transitoria y económica. Por otra parte, en el proyecto del museo los historiadores profesionales tuvieron una participación limitada (a diferencia del caso francés en toda su fase inicial) y fueron subsumidos en comités con amplia predominancia de políticos y eruditos locales<sup>41</sup>. Entre los políticos, a su vez, un lugar importante le cupo a los posfascistas de la antigua Aleanza Nazionale, que eran el grupo históricamente más interesado en los inmigrantes en el exterior por un complejo de razones, desde ideológicas de largo plazo (incluidas las reflexiones acerca de la importancia de la vitalidad demográfica de la nación o aquellas variantes expansionistas asociadas a la idea de «la grande proletaria si è mossa»)<sup>42</sup>, a políticas (el activismo del régimen fascista hacia los connacionales en el exterior) e instrumentales (la creencia en las extendidas simpatías fascistas de los emigrantes). La importancia de esta tradición política es, por otra parte, bien visible en los comités del museo, y algo de esa mirada permea los ambiguos textos que acompañan la página *web*<sup>43</sup>. En cualquier caso, y al igual que en el ejemplo francés, la dinámica política e institucional concreta es tan reveladora como las dimensiones simbólicas.

El caso alemán de Bremerhaven es diferente de los otros museos presentados. El proyecto no se llevó a cabo en un edificio histórico que fuese preformativo del mensaje del mismo, aunque sí en un espacio significativo. Fue inaugurado en 2005 en un edificio

---

<sup>41</sup> FRANZINA, E.: «Dai musei al museo: emigrazione e storia d'Italia», *Studi Emigrazione*, 167 (2007), pp. 737-738.

<sup>42</sup> La cita, una exaltación del colonialismo italiano y un emblema de una época, es de un discurso de 1911 de G. Pascoli.

<sup>43</sup> [www.museonazionaleemigrazione.it](http://www.museonazionaleemigrazione.it).

construido *ad hoc* a partir de un proyecto de Andreas Heller, en el lugar donde se encontraba en el pasado uno de los mayores puertos de embarque de los emigrantes (pero en este hecho no deja de influir que el pasado edificio de Bremerhaven fuese destruido durante la Segunda Guerra Mundial). El proyecto vencedor del premio europeo al mejor museo (en 2007) fue financiado por la ciudad y por el Land de Bremen. La elección de uno de los grandes puertos de emigración, del que partieron para las Américas millones de personas del norte y del este de Europa, señala ya algunas de las opciones más interesantes del museo. No se trata de un museo de la emigración alemana, sino de la emigración europea (aun si el caso alemán es el más visible). En este sentido, es lo opuesto al caso italiano. Por otra parte, la estrategia museográfica elegida ha llevado a reconstrucciones de ciertas experiencias cruciales de los migrantes, como la partida o el viaje en barco.

Un segundo orden de consideraciones concierne a las narraciones escogidas por cada museo y las estrategias de exposición. Aquí solamente se abordarán algunas cuestiones generales al respecto. La narración en cada caso conlleva diferencias. Incluso si la historiografía más moderna ha defendido con fuerza no sólo la idea de que la experiencia migratoria es una y que no debe escindirse entre lugar de origen y lugar de inserción, sino de que es una experiencia circular más que lineal<sup>44</sup> (alrededor de la mitad de los migrantes transoceánicos en la época de masas regresó a sus países de origen), en los hechos es inevitable arribar a compromisos concretos con los intereses políticos y también, eventualmente, con las expectativas del público. Esos compromisos llevan a preservar la idea de un proceso único, a menudo lineal, y a dar mucho más espacio a uno de los momentos y a una de las fases de las migraciones. Empero, también hay otros compromisos más problemáticos, como, por ejemplo, entre las ideas a menudo tan diferentes de los historiadores y de los otros actores involucrados en el proceso. Las diferencias entre los historiadores y los políticos, o entre los historiadores y las *leaderships* de las comunidades de inmigrantes, pueden ilustrar, en la acción concreta, las diferencias de propósito entre historiadores y memorialistas de distinto tipo. ¿Cómo combinar,

---

<sup>44</sup> RAMELLA, F.: «Para un uso fuerte del concepto de red social», en BJERG, M., y OTERO, H.: *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Buenos Aires, CEMLA-IEHS, 1995, pp. 9-21.

por ejemplo, la voluntad de comprender y complejizar de los historiadores y los intereses etnocéntricos de los grupos comunitarios más orientados a presentar una mirada sin matices, a veces ensalzando el éxito del propio grupo o a veces, inversamente, tratando de sumar la historia de sus antepasados a las de los numerosos elencos de víctimas que se espera reivindicar en tantas operaciones memoriales contemporáneas?<sup>45</sup> A esas diferencias de perspectiva se agregan otras, ahora en el seno de los expertos, entre historiadores, etnógrafos, museólogos, arquitectos y escenógrafos acerca de qué narrar y cómo representarlo. Por ejemplo, la intervención de estos últimos puede no solamente alterar el sentido de la historia que se quiere contar, sino también hacerla de difícil comprensión para el público. El peligro puede ser aún mayor cuando el relato original es en sí complejo y sofisticado, como se verifica en el caso de la Cité de l'Immigration francesa<sup>46</sup>.

Otras diferencias en el relato emergen de la naturaleza pública o privada (total o parcial) de la gestión del museo. En el último caso, es claro que el problema del *budget* —y, por ende, la forma de atraer al público— tiene un peso decisivo (como en Ellis Island o Bremerhaven). Para atraer recursos y público se pueden realizar acciones que poco tienen que ver con un museo como el Ellis Island Hall of Fame que permite inscribir, si se paga, los nombres de inmigrantes. Se puede también apelar a un relato entre patético y espectacular, desde el punto de vista, por ejemplo, de los recursos mediáticos, como es el caso de Bremerhaven. Aquí un cierto efecto Disneyland puede mezclarse con una sensibilidad estilo Edmondo de Amicis, un poco sentimental, un poco pietista. Que ello puede no estar vinculado solamente al tipo de gestión parece exhibirlo el caso de San Pablo, en el que el viaje a bordo de un tren de la época de las grandes migraciones parece jugar con el mismo tipo de recursos. Ciertamente, si mirado desde el punto de vista del espectador, un museo encuentra siempre cierta tensión en el *aut prodesse aut delectare* y ese problema, si desligado de la clásica contempla-

---

<sup>45</sup> Sobre los peligros de la última perspectiva, que sin embargo no es excluyente (ya que un grupo bien puede cultivar el etnocentrismo desde una retórica del éxito y no solamente desde la de la opresión, o combinando ambas), véase NOIRIEL, G.: «L'historien dans la Cité: comment concilier histoire et mémoire de l'immigration», *Museum International*, 233-234 (2007), pp. 13-17.

<sup>46</sup> BLANC-CHALÉARD, M. C.: «Une Cité nationale pour l'histoire de l'immigration: genèse, enjeux, obstacles», *Vingtième Siècle*, 4 (2006), pp. 131-140.

ción estética, como en el caso de los museos de migraciones, orienta a la utilización de aquellos recursos aludidos. Por otra parte, como fuera señalado por voces eminentes, quizás ninguna institución social (y un museo lo es) pueda sobrevivir al tiempo si no sirve a una variedad de propósitos contradictorios<sup>47</sup>.

Más allá de las constricciones señaladas y de otras, se puede identificar en las propuestas expositivas de cada museo posiciones historiográficas diferentes. Dejando de lado la idea de un museo sin mediaciones, en el que los solos objetos interpelarían directamente al espectador, algo irrealizable, ya que el museo es él mismo una elección e implica una idea previa (aunque desde luego, ella será resignificada en muchísimos modos por el espectador), existen distintas opciones. Una posible es la etnográfica, que alienta una comprensión global del fenómeno a través de una organización de los objetos a partir de su capacidad evocadora de temas y problemas. Es decir, una organización más según la naturaleza de los objetos que según la naturaleza del relato. La estrategia más habitual en los museos de migraciones indagados es otra: la histórica. Nuevamente aquí se presenta, sin embargo, una doble vía: aquella que da una atención prioritaria a grandes procesos históricos (las estructuras, las instituciones), desde un punto de vista voluntariamente impersonal, y aquella que da la prioridad a la experiencia de los inmigrantes en su cotidianeidad. Se trata bien se sabe de un largo debate entre los historiadores<sup>48</sup>, incluidos aquellos que se ocupan de las migraciones. Es el dilema de la fórmula de Gustav Droysen: A+x. Más allá de la validez de cada perspectiva o de las soluciones eclécticas, ellas influyen (hasta donde influyen los historiadores) en la interpretación propuesta.

Las perspectivas presentadas implican, desde luego, diferentes opciones en relación con la cuestión de la temporalidad. Si se elige una forma museográfica fuera del tiempo, y por ende ni histórica ni menos historicista, el resultado es una organización temática de los objetos como se encuentra en los museos etnográficos. Si se in-

---

<sup>47</sup> GOMBRICH, E.: «El museo: pasado, presente, futuro», en GOMBRICH, E.: *Idea-les e ídolos. Ensayos sobre los valores en la historia del arte*, Madrid, Debate, 2004.

<sup>48</sup> Un balance de ambas perspectivas desde la primera perspectiva en KOCKA, J.: «La historia social entre la historia de las estructuras y la historia de las experiencias», en KOCKA, J.: *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 65-86.

introduce la dimensión temporal, es posible tomar en cuenta prioritariamente el tiempo de la «historia» o privilegiar el tiempo del «sujeto», es decir, del mismo migrante. En el primer caso la opción cronológica es clásica y seguirá una línea temporal general (ejemplo, siglos XVIII, XIX, XX), como en el caso del museo italiano. En la segunda hipótesis se seguirá un tiempo imaginario, el del recorrido de un migrante ideal tipo a través de las fases sucesivas de la experiencia. Es el caso, por ejemplo, de los museos de Bremerhaven y de la Cité Nationale de l'Immigration. Ciertamente, esa voluntad de proponer al espectador seguir el recorrido de un migrante a ras del suelo no puede aspirar a recuperar su experiencia, siempre diversa y poco transmisible, sino a dar un orden a un relato que propone un itinerario diferente, ya que el tiempo «vivido» es una cosa y el tiempo reconstruido por el historiador, otra. Las combinaciones entre ambas percepciones del tiempo son factibles, como se ha intentado en el proyecto nuevo de Buenos Aires, aunque vinculadas a las constricciones que el espacio disponible establece en el caso de edificios históricos.

Todo relato museístico, actual o futuro, se enfrenta a otros problemas. Uno de ellos es el de recorte del tema, de modo que contemple la pluralidad del mismo y, a la vez, no se convierta en una historia universal. Otro es cómo definir qué es un migrante (más allá de las definiciones formales). Ciertamente la tentación de contar todo está siempre presente y amenaza no solamente a perspectivas simplificadoras, sino incluso aún más a aquellas que buscan una complejización y una mirada abierta, a aquellas que apelan al «esprit de finesse» más que al «esprit de géométrie». Todo buen historiador sabe de la necesidad museográfica de vincular el pasado y el presente; de tomar en cuenta la diferencias entre los grupos según el origen nacional, la pertenencia social, el sexo, la edad, la religión; de no olvidar que los migrantes siempre están en relación con los no migrantes y que uno entiende mejor a los primeros si introduce en el cuadro a los segundos, y de tomar precauciones para evitar los riesgos del anacronismo, del etnocentrismo y del asimilacionismo. El resultado de tanto esfuerzo puede ser, a la vez, más plausible y menos comprensible. Finalmente los objetos: todos son posibles, ninguno es autosuficiente (ni siquiera las tan obvias valijas).

A veces, a visita concluida, se tiene la sensación de que todo es demasiado abundante y demasiado enfático y, a la vez, inevita-

blemente temporal. Vuelven entonces las preguntas ya formuladas. ¿Un museo es mejor que ningún museo? En ese punto emergen en auxilio del museo las perspectivas pedagógicas: una voluntad iluminista que permanece las más de las veces implícita y de la que se conocen todas las ambigüedades a ella asociadas y que, sin embargo, parece poder defenderse todavía. La justificación última del museo está allí. La del historiador participante, también.